

¡El enemigo principal está en casa! Los comunistas alemanes y la guerra imperialista

Círculo Avanti

27/09/2025

Alemania siempre fue uno de los puntos clave para el movimiento obrero, emergiendo, tras la derrota de la Comuna de París y la disolución de la I Internacional, como uno de los principales lugares de organización proletaria en Europa. El país donde se desarrolló gran parte de la producción de Marx y Engels, que vió la Nueva Gaceta Renana y que Lenin consideraba clave para la revolución europea, es ahora visto como uno de los orígenes de la traición reformista, el país de la bancarrota de la II Internacional, por lo que cabe preguntarnos cómo hemos llegado hasta aquí. Y para ello, necesitamos un entendimiento del estadio histórico sobre el que aterrizar esta charla.

La derrota de la Revolución de 1848-49, junto con eventos posteriores como la unificación de 1871 y la victoria prusiana frente a Francia, consolidaron un Estado fuerte y autoritario, mientras la industrialización multiplicaba el tamaño y la concentración del proletariado. Estas circunstancias serían características clave para las luchas por venir. El marxismo, que tuvo su auge en el continente como autoconciencia de las necesidades separadas como clase proletaria, respuesta a las condiciones de explotación de los trabajadores, encontró en Alemania un terreno fértil. El camino del socialismo alemán está ampliamente influido por las luchas de las revoluciones liberales, conocidas hoy día como Primavera de los Pueblos. Los conatos de un primer movimiento obrero alemán llegan tras la victoria de la Revolución de Marzo, que veía la eclosión de las fuerzas liberales, con el objetivo principal de lograr un Estado nacional alemán, unificado y basado en la soberanía popular, en oposición a las ideas de la Restauración promulgadas por el orden internacional de la Santa Alianza.

Dentro de estos primeros gérmenes de movimiento obrero organizado encontraremos dos núcleos, la Liga de los Comunistas, liderada por Marx, y Fraternidad Obrera Alemana, capitaneada por Stephan Born. Sus divisiones, aun-

que en principio mínimas debido a un programa de llamado a alianzas con la burguesía democrática y progresista, se irán ahondando con la clarificación teórica en torno a la democracia, un concepto que va a resultar clave durante esta charla, y las revoluciones liberales. Born rechazaría el programa desplegado en el *Manifiesto Comunista*, al no creer que este pudiera aplicarse en Alemania, por la supuesta incapacidad de los obreros para comprenderlo. Así pues, abogó por la vía reformista para la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores mediante la aprobación de una serie de leyes de protección del trabajo, y la organización de cooperativas. Las palabras de Engels sobre la distinción entre movimientos, al renombrar la Liga de los Justos, aún producen estruendo hoy:

La parte de los obreros que, convencida de la insuficiencia de las revoluciones meramente políticas, exigía una transformación radical de la sociedad, se llamaba entonces comunista. Y como nosotros ya en aquel tiempo sosteníamos muy decididamente el criterio de que «la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma», no pudimos vacilar un instante sobre cuál de las dos denominaciones procedía elegir.

Esta división será vital para entender la fundación de la socialdemocracia alemana en el siglo XIX, expresada en la fusión de *eisenachianos* y *lassalleanos*, surgiendo las primeras organizaciones de un tamaño más significativo de la práctica efectiva de las luchas en el seno de varias sociedades obreras, con muchos miembros participantes en las organizaciones anteriormente mencionadas, y con el objetivo de formar una organización obrera independiente de los partidos burgueses democráticos. Este movimiento se terminaría materializando en la Asociación General de Trabajadores de Alemania, liderada por Lassalle, que reivindicaba lograr «*la satisfacción de los intereses legítimos de los trabajadores*» mediante la toma del Estado a través de la política electoral y el establecimiento de «*la dictadura de la Inteligencia*» que pusiera en marcha cooperativas de producción para competir con las empresas capitalistas a las que acabarían desplazando, dando nacimiento a un orden justo. Un punto premonitorio de sus acciones será el apoyo a la política de Otto von Bismarck para lograr la unificación de Alemania, política continuada incluso al formarse la Confederación de Alemania del Norte.

Este grupo se fusionará junto con el Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (fundado en la ciudad de Eisenach por la unión de facciones favorables a la I Internacional y anti Bismarck, opuestas en un principio a Lassalle), para dar lugar al SDAP. El documento por excelencia de esta unión sería el criticado Programa de Gotha, cuyas influencias y ramificaciones en el movimiento obrero alemán son infinitas, pero por brevedad y respeto al tema de este encuentro, no entraremos a discutirlos en esta introducción, que únicamente busca exponer el contexto. El SDAP, posteriormente se consolidaba como Partido Socialdemócrata Alemán, o SPD, y adoptaría en 1891 el *Programa de Erfurt*. Este, con Kautsky como pieza central y aportes de Bernstein y Bebel, supuso una ruptura radical frente al *Programa de Gotha*, rechazando cualquier estatismo y dividiendo el programa en máximos y mínimos (sufragio universal, autodeterminación, impuestos graduales y directos sobre la renta, jornada laboral de 8 horas...). El programa teorizó que el vínculo entre estas dos partes, el objetivo revolucionario y la práctica reformista, supondría una táctica para acompañar el desarrollo del capitalismo. A medida que este se expandía, aislando y deprimiendo a los trabajadores, desarrollaría así en ellos la conciencia de la necesidad del socialismo y la fuerza para lograrlo. En palabras de Kautsky, en su libro *Lucha de Clases*:

El programa adoptado por la socialdemocracia alemana en Erfurt en 1891 se divide en dos partes. En primer lugar, esboza los principios fundamentales en los que se basa el socialismo, y en segundo lugar, enumera las demandas que la socialdemocracia hace a la sociedad actual. La primera parte dice lo que creen los socialistas; el segundo cómo se proponen hacer efectiva su creencia.

No podemos pues, pasar por encima este programa histórico o dejar en el olvido la gran contribución que supuso para la época. Lars Lih, por ejemplo, defiende que los argumentos de Lenin en *¿Qué hacer?* fueron un intento de crear una versión de la estrategia erfurtiana adaptada a las condiciones rusas.

Engels, en su *Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata* de 1891, lo compararía frente a documentos pasados de carácter laseallano, alabando la mejora de algunas posiciones de este nuevo programa, pero dejando críticas premonitorias sobre aspectos como la relación con el Estado:

Desde el punto de vista de los derechos que se conceden al pueblo y a su representación, la Constitución del Imperio es una sim-

ple copia de la Constitución prusiana de 1850, en cuyos artículos ha hallado expresión la más extrema reacción, Constitución que concede toda la plenitud de poder al gobierno Constitución con la que, como ha mostrado el período del conflicto constitucional, el gobierno podía hacer todo lo que se le antojaba. Sobre la base de esa Constitución es absurdo a todas luces querer llevar a cabo la «transformación de los medios de trabajo en propiedad común».

Por temor a un restablecimiento de la ley contra los socialistas o recordando ciertas opiniones emitidas prematuramente en el período de la vigencia de dicha ley, se quiere ahora que el partido reconozca el orden legal actual de Alemania suficiente para el cumplimiento pacífico de todas sus reivindicaciones. Quieren convencerse a sí mismos y al partido de que «la sociedad actual se integra en el socialismo», sin preguntarse si con ello no está obligada a rebasar el viejo orden social; si no debe hacer saltar esta vieja envoltura con la misma violencia con que un cangrejo rompe la suya; si, además, no tiene que romper en Alemania las cadenas del régimen político semiabsolutista. En Alemania, donde el gobierno es casi omnipotente, donde el Reichstag y todas las demás instituciones representativas carecen de poder efectivo, proclamar en Alemania tales cosas significa quitar la hoja de parra al absolutismo y colocarse uno mismo para encubrir la desnudez.

El programa de Erfurt nos ha dejado un legado de controvertido debate sobre la acción respecto al Estado, las formas de gobierno y la democracia, siendo el rol de esta uno de los más candentes desencadenantes del descalabro de la II Internacional. Contenía una reivindicación de «*legislación directa por parte del pueblo*», frente a la cual, la crítica de Engels había propuesto «*la concentración de todo el poder político en manos de los representantes del pueblo*», como una forma de pedir una república sin violar las leyes del Reich. Kautsky, del que posteriormente hablaremos, dejaría traslucir su fetichismo de la democracia como único medio concebible y fin en sí mismo, en su introducción al folleto de 1892 sobre el programa de Erfurt, argumentando que la introducción de la «*legislación directa*» no conduciría a la abolición de los parlamentos, sino a su mejor funcionamiento. En palabras de McNair, Kautsky había comenzado a internalizar la visión tocquevilleana de que el sufragio universal masculino equivalía a

«democracia». Esto nos ayudará a comprender mejor la posterior deriva de sus posiciones. En cuanto al esbozo biográfico me gustaría comenzar con una cita de nuestro libro *La Izquierda Comunista en Alemania*:

La II Internacional se basaba en una asociación de partidos separados, organizados sobre bases nacionales, y que sólo *después* se unieron a nivel internacional para una acción conjunta, lo que se reveló imposible, por supuesto, porque cada partido se había formado con referencia a los problemas específicos a los que se enfrentaba cada país. «La Segunda Internacional se veía a sí misma como una realidad, mientras que la Tercera Internacional se ve a sí misma como una idea rectora de las acciones proletarias».

Una acumulación en serie de partidos nacionales conduce al nacionalismo. El internacionalismo debe manifestarse también por su propio tipo de estructuras.

La Segunda Internacional surgió tras la conmemoración del centenario de la Revolución Francesa en 1889, en el marco de la creciente lucha de clases, sobre todo en Europa Occidental. Fue impulsada por la necesidad de coordinar las acciones de los diversos partidos socialdemócratas nacionales y de garantizar la unidad frente a los problemas comunes de la clase obrera, como las condiciones de trabajo y la opresión del capitalismo. Entre sus organizadores clave encontramos a Eugène Debs, Eduard Bernstein, Jean Jaurès, August Bebel y Friedrich Engels, aunque en sus primeros años, el principal ideólogo y figura central fue Karl Kautsky.

La estructura de la Segunda Internacional se articuló a través de congresos internacionales, reunidos periódicamente para discutir sobre política, estrategia y la situación global del movimiento obrero. Su órgano central era el Congreso Internacional Socialista, que definía los objetivos comunes y las tácticas a seguir. La organización no tenía una dirección centralizada, sino que se estructuraba a través de federaciones nacionales autónomas. También mantenía una fuerte conexión con los sindicatos y otras organizaciones obreras de distintos países, aunque a menudo existían tensiones entre las líneas más revolucionarias y las más moderadas. En términos de tácticas, la Segunda Internacional se basaba tanto en la acción legislativa como en la acción de masas. Promovía el sufragio universal, el mejoramiento de las condiciones laborales y la educación del proletariado, de-

batiendo si reformar el sistema capitalista a través de métodos pacíficos y legales o tomar acciones revolucionarias para abolirlo.

A pesar de su prominencia, la II Internacional sufrió una crisis terminal durante la Primera Guerra Mundial. En 1914, con el comienzo de la guerra, los principales partidos socialistas de los países beligerantes rompieron con la tradición internacionalista y votaron a favor de los créditos de guerra en sus respectivos parlamentos. Este acto de traición a los principios de la lucha de clases fue decisivo, demostrando la tendencia contrarrevolucionaria instalada en el seno de la organización y causando la escisión de sectores que luego darían lugar a la Internacional Comunista. Una de sus grandes limitaciones fue expuesta por el propio Kautsky, estableciendo que era un instrumento para tiempos de paz, no para la guerra, y que su tarea ahora era «*reconquistar la paz*», rechazando de plano cualquier estrategia revolucionaria por un pacifismo vacío.

Si hay un personaje por excelencia que todos identifiquemos con el SPD y la II Internacional, este es Karl Kautsky. Nacido en Praga en 1854, en el seno de una familia de clase media de origen checo-alemán, estudió historia y filosofía en Viena, donde entró en contacto con el movimiento obrero y las ideas de Marx y Engels, uniéndose al SPÖ austríaco. En la década de 1880 se unió al Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) y comenzó a destacar como teórico. En 1883 fundó, junto a Eduard Bernstein, la revista *Die Neue Zeit*, que pronto se convirtió en el órgano central del marxismo ortodoxo en Europa. Bajo la influencia de Eduard Bernstein, se hizo marxista en 1881 y visitó a Marx y Engels en Londres. Sus comienzos se ven marcados por la bismarckiana ley contra los socialistas, que provoca que la dirección sea asumida por aquellos económicamente independientes. Para poder continuar la lucha, el partido se ve obligado a favorecer y servirse de toda una serie de miembros provenientes de la pequeña burguesía. En 1890, después de la derogación de leyes anti-socialistas, se asentaría definitivamente en Berlín, continuando su trabajo para el partido.

No podemos hablar de la socialdemocracia alemana sin hablar de Kautsky, uno de los más influyentes teóricos del marxismo en la época de la Segunda Internacional. Durante décadas, fue considerado el guardián ortodoxo del marxismo. En estas circunstancias, la formación de una ortodoxia y su implantación en el movimiento obrero tuvieron lugar en unas condiciones históricas constituidas por la larga crisis por la que atravesaba la economía capitalista, por la represión estatal contra la clase obrera, y por la influencia del *Anti-Dühring* de

Engels sobre una generación de jóvenes socialistas, atraídos por el conocimiento de la ciencia contemporánea, y sobre todo del darwinismo. Kautsky, gran estudioso del *Anti-Dühring*, había subrayado repetidas veces que la obra había contribuido a su comprensión del marxismo más que cualquier otro libro, lo que explica la escisión de la teoría oficial de la socialdemocracia en el idealismo kantiano de Bernstein y en el naturalismo darwiniano de Kautsky, dos productos de la disolución de la dialéctica revolucionaria.

Kautsky obtuvo parte importante de la percepción como custodio del marxismo a través de su actuación en sucesivas polémicas y su amistad personal con Engels. Uno de los más llamativos enfrentamientos ocurriría con la publicación por parte de Bernstein, de su libro *Socialismo revolucionario*, en el que atacó la posición marxista sobre la necesidad objetiva de la revolución. Autor de textos como *La doctrina económica de Karl Marx* o *El camino al poder*, en el que anticipó una «época de revoluciones», destacan además su crítica a Bernstein en el apartado de los fundamentos éticos del socialismo, rechazando cualquier tipo de alianza con la burguesía «progresista», o su debate sobre la participación en la República francesa y su carácter democrático. Llegó a firmar en 1912 el Manifiesto de Basilea, que llamaba a aprovechar la guerra que se avecinaba para transformarla en una situación revolucionaria.

Sin embargo, al estallar la Primera Guerra Mundial, ese compromiso se evaporó: Kautsky se limitó a abstenerse en la votación de los créditos de guerra, gesto diplomático y verbalmente opositor, pero sin consecuencias reales. Al hacerlo, concilió posiciones con los socialchovinistas que apoyaban la defensa de la patria, convirtiéndose en un teórico de «oposición pasiva», incapaz de romper con la colaboración de clases. Así, se despoja al marxismo, mediante sofismas evidentes, de su espíritu vivo y revolucionario: Kautsky admitía del marxismo todo salvo sus medios revolucionarios de lucha. En el terreno político, aunque Kautsky se opusiera al entusiasmo chovinista de su partido, aunque dudara en disfrutar de la guerra como lo hicieron Ebert o Hindenburg, aunque no estuviera a favor de una concesión incondicional de créditos de guerra, hasta su fin, se vio obligado a destruir con sus propias manos la leyenda de su ortodoxia marxista que se había ganado en 30 años de escritura. Al final del día, su distinción entre la legítima defensa de un «Estado nacional» y el «Estado nacionalista» agresivo, o sus argumentos sobre que los trabajadores tenían derecho a la auto-defensa nacional, pero debían rechazar el chovinismo y el imperialismo, no fue-

ron más que una tirita frente al torrente de sangre desatado por el imperialismo sobre el proletariado. En su concepción del imperialismo, por ejemplo, Kautsky lo definió como la mera «tendencia de toda nación capitalista industrial a anexionarse o someter regiones agrarias». Esta definición era, como se ha señalado, falsa y adaptada para encubrir las contradicciones esenciales del imperialismo: la fusión del capital financiero con el monopolio, el militarismo exacerbado, la contradicción entre unas pocas potencias y el mundo entero. Al reducir el imperialismo a un simple apetito expansionista, Kautsky ocultaba la naturaleza violenta y estructural de la fase imperialista del capitalismo, escondiéndose frente a su deber con el derrotismo del propio gobierno, y dejando al movimiento obrero huérfano y mutilado, sin una teoría y praxis para combatirlo.

Su actitud respecto a la democracia revela aún más claramente su desviación. Kautsky hablaba de «democracia en general», de una supuesta «democracia presocialista», evitando cuidadosamente referirse a la democracia burguesa como forma de dominación de clase. Frente a la lección central de Marx y Engels sobre la Comuna de París —destruir la máquina estatal existente y sustituirla por un poder proletario—, Kautsky inventó sofismas para negar la necesidad de la revolución violenta, llegando a afirmar que Marx no había explicado en qué consistía la dictadura del proletariado. Según Kautsky, la dictadura del proletariado no significaba violencia revolucionaria, sino el «dominio de la mayoría bajo la democracia burguesa». Con este truco truhanesco, la revolución desaparecía, sustituida por la fe supersticiosa en el Estado como árbitro neutral garante de reformas a aquellos que las ameritan. Su interpretación de la Comuna de París es otro ejemplo de falsificación. Mientras Marx y Engels destacaban su mérito en romper la máquina estatal existente, Kautsky la presentaría dentro de su fetichización de la democracia como una experiencia de «democracia pura» que englobaría a todos los socialistas (obviando a aquellos que la reprimían desde Versalles), reproduciendo la retórica liberal y borrando el contenido revolucionario de clase. Así, su lectura convertía la lucha obrera en un episodio de parlamentarismo avanzado, y no en el primer ensayo de dictadura del proletariado. En palabras de Lenin:

El trasfondo de esta traición era claro: los decenios de capitalismo relativamente pacífico entre 1871 y 1914 habían convertido a los partidos socialistas adaptados al oportunismo en verdaderos «establos de Augías» de filisteísmo, estrechez mental y apostasía. En ese cal-

do de cultivo, Kautsky se convirtió en el símbolo de la desconexión entre teoría y praxis, de la confianza excesiva en el Estado burgués, de la renuncia a la revolución en nombre de un parlamentarismo impotente.

La historia, sin embargo, demuestra lo contrario: el Estado nunca es un órgano por encima de las clases, sino la maquinaria de dominación de la clase dominante. Kautsky ocultaba este hecho fundamental, reduciendo la lucha de los trabajadores a un parlamentarismo impotente. En lugar de instar a la destrucción del aparato estatal burgués, defendía su preservación con la ilusión de que podría ser conquistado pacíficamente. De ahí que su política fuese resumida en la fórmula: «¡Luchad, pero no os atreváis a vencer! ¡No destruyáis la máquina estatal de la burguesía, no sustituyáis la organización estatal burguesa con la organización estatal proletaria!».

El colapso del Imperio provocó una situación revolucionaria en Alemania para la cual Kautsky no estaba ideológicamente preparado. Frente a un SPD que no dudó en finalmente quitarse la careta de la represión, consagrándose como el partido de la guerra, Kautsky contemplaría el monstruo creado y justificaría la escisión del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD), una organización de izquierdistas expulsados por su rechazo de la guerra. Fue en esa época que continúa sus críticas a la URSS, Kautsky «repudia la melodía bolchevique que le resulta desagradable al oído», escribió Trotsky, «pero no busca otra. La solución es sencilla: el viejo músico se niega por completo a tocar el instrumento de la revolución», y debate a distancia con Lenin, quien lo acusó de «renegado del marxismo», en respuesta al cual Kautsky escribió *Terrorismo y comunismo*. En 1921 se incorporó a la Internacional 2 y 1/2 creada en oposición a la II Internacional y, en especial, a la Comintern. En 1924 regresó a Viena donde permaneció hasta 1938, cuando se trasladó a Ámsterdam, huyendo de los nazis. Murió en Ámsterdam el 17 de octubre de 1938.

Kautsky, en su ceguera teórica, no se vio perturbado por el auge de los fascismos, ya que de forma coherente a su fetichización de la democracia, esta era la forma natural del capitalismo. La nueva situación no era más que una enfermedad temporal e histérica, algo en realidad ajeno al capitalismo, que sería derrotado en una guerra por la democracia, para permitir que el capitalismo prosiguiera en su curso lógico. Sus predicciones de 1937 incorporaban frases como las siguientes: «Ha llegado el momento en que finalmente es posible acabar con

las guerras como medio de resolver conflictos políticos entre los Estados». O: «La política de conquista de los japoneses en China, de los italianos en Etiopía, es un último eco de un tiempo que pasa, el período del imperialismo. Apenas puede esperarse más guerras de tal carácter». Kautsky estaba convencido de que incluso sin una guerra el fascismo sería derrotado, el ascenso de la democracia se repetiría, y volverá el período de un desarrollo pacífico hacia el socialismo, como el período en los días anteriores al fascismo. La debilidad esencial del fascismo la ilustraba con la observación de que «el carácter personal de las dictaduras indica ya que limita su propia existencia a la duración de una vida humana». Hasta el final de su vida, Kautsky permaneció como un opositor verbal al revisionismo más burdo, pero su propia trayectoria mostró cómo se puede abandonar la esencia revolucionaria del marxismo sin dejar de citarlo. Su legado no es tanto el de un gran teórico, sino el de un ejemplo histórico de cómo el marxismo puede ser neutralizado y vaciado de contenido mediante sofismas, oportunismo y claudicación ante la burguesía. Antes de 1914, el movimiento obrero europeo había alcanzado un grado de organización sin precedentes en la historia del capitalismo, pero también mostraba los límites de su madurez

Antes de 1914, el movimiento obrero europeo había alcanzado un grado de organización sin precedentes en la historia del capitalismo, pero también mostraba los límites de su madurez política. En el terreno sindical, las cifras reflejaban un crecimiento impresionante: en Alemania, la socialdemocracia contaba en 1912 con más de un millón de afiliados y obtenía casi 4,3 millones de votos en las elecciones de ese año, lo que lo convirtió en el partido más votado del Reichstag. En paralelo, los sindicatos alemanes agrupaban a más de 2,5 millones de trabajadores, lo que la convertía en la federación obrera más poderosa de Europa.

En Francia, la CGT rondaba la cercanía al millón de afiliados, con una orientación marcadamente insurreccionista, y protagonizó huelgas que movilizaron a decenas de miles de trabajadores como la de los ferroviarios en 1910. En Inglaterra, el sindicalismo alcanzó hacia 1913 los 4 millones de afiliados, favorecido por el auge de las *new unions* que organizaban a sectores no cualificados, y las huelgas masivas de 1911–1913 en los puertos y en la minería, que mostraban la combatividad de la clase obrera británica.

En Italia, la *Confederazione Generale del Lavoro* fundada en 1906, ya superaba los 300.000 afiliados, mientras en España la UGT tenía cerca de 200.000 y la

CNT, de inspiración anarcosindicalista, comenzaba a crecer con rapidez tras su fundación en 1910.

A nivel internacional, la Segunda Internacional reunía a decenas de partidos obreros y socialistas, con millones de militantes en conjunto y congresos que aprobaban resoluciones solemnes contra la guerra, aunque en la práctica dominaban las tendencias reformistas y parlamentaristas.

Este crecimiento organizativo iba acompañado de un aumento de la actividad de clase en las luchas económicas: entre 1900 y 1913, Europa vivió un ciclo de huelgas de masas que movilizó a millones de trabajadores; en Alemania, solo en 1910 hubo más de 200.000 huelguistas; en Inglaterra, la «*Great Labour Unrest*» de 1910–1914 implicó a centenares de miles de obreros en huelgas ferroviarias, mineras y portuarias; y en Rusia, tras la revolución de 1905, aunque el movimiento fue reprimido brutalmente, en 1912–1914 se reactivaron huelgas que alcanzaron cifras significativas, prefigurando la radicalización que estallaría en 1917. Sin embargo, esta fuerza numérica y esta capacidad de presión social no se tradujeron en independencia política frente a la burguesía; la correlación de fuerzas mostraba un proletariado masivo, organizado y combativo, pero ideológicamente dominado por direcciones que renunciaban a la lucha revolucionaria contra el imperialismo y el Estado burgués; así, cuando estalló la guerra en 1914, la mayoría de los partidos de la Segunda Internacional votaron los créditos de guerra y llamaron a la disciplina nacional, dejando a la clase en busca de su organización.

Además, en países como Alemania, Francia y el Reino Unido, periódicos socialistas, como el *Vorwärts*, en el que se hacía un llamado a expresar el deseo por la paz, y medios sindicales publicaban llamamientos a la solidaridad internacional y convocaban concentraciones contra la militarización y el gasto bélico, mientras que los jóvenes obreros y estudiantes de la clase trabajadora participaban activamente en estas protestas. Ciudades como Bremen, Hannover, Colonia, Kiel, Mainz... Fueron llamativas por su falta de manifestaciones en favor de la guerra, o en su defecto en solidaridad inicial con Austria-Hungría. En palabras de historiadores como Miller (*Burgfrieden und Klassenkampf*), para julio muchas más personas habían participado en manifestaciones contra la guerra que en su celebración.

Sin embargo, el liderazgo del SPD, de forma ingenua, aún veía al Káiser como un hombre de paz dispuesto a mediar con Austria para impedir una guerra mundial. Esta posición conllevó, en palabras de la prensa del partido, una táctica de demandas al gobierno para que usara su influencia en los círculos austríacos para evitar la guerra, y en caso de que esta se produjera, mantenerse al margen de cualquier intervención militar. Esta posición, entre cándida y oportunista, dejaría al proletariado sin sus armas para perseguir, en cambio, una política de acercamiento como socio fiable del Káiser. Esta posición sería el fin de una época para el movimiento, mientras los proletarios alemanes se preguntaban en documentos de la época por qué deberían dar la vida por un heredero austríaco asesinado y Rosa Luxemburgo viajaba por las ciudades organizando manifestaciones antimilitaristas. Para mayor contexto alrededor de 750.000 personas protestaron a lo largo y ancho de 160 poblaciones, 100.000 de ellas en la concentración de Berlín, pese a que las reuniones hubieran sido ilegalizadas por la justicia local. Pese a estas reuniones, no había partido.

La segunda parte de la charla va a versar sobre los debates que va a haber en la Segunda Internacional y que van a terminar eclosionando hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial, pero quisiera empezar con un nombre, una carta y una cifra. El nombre es Dusan Popovic, un compañero histórico de la socialdemocracia serbia. La carta dice lo siguiente, a un compañero búlgaro:

Sin embargo, para nosotros, el hecho decisivo era que la guerra entre Serbia y Austria era solo una pequeña parte de una totalidad, meramente el prólogo de la guerra universal europea. Y esta última, estábamos profundamente convencidos de ello, no podía dejar de tener un carácter imperialista, claramente pronunciado. En consecuencia, nosotros, que formábamos parte de la gran internacional socialista y proletaria, considerábamos que era nuestro deber oponernos resueltamente a la guerra.

Esta carta se escribe en 1915 y toda la actividad de este camarada, con el resto de camaradas de la socialdemocracia serbia, va a terminar reuniendo en un memorándum en 1918, que expondrá al público todo lo que fue el genocidio, la ocupación austrohúngara del territorio serbio. La cifra es un cuarto. Un cuarto de la población Serbia será exterminada durante la Primera Guerra Mundial. ¿Por qué venimos a hablar de la guerra? ¿Porque nos gusta mucho hablar de cifras, de fechas, de nombres de generales o de grandes personalidades? Para nada.

Si nos importa como comunistas la guerra, es por la misma razón que nos interesa hablar de qué es una crisis económica, de qué es la explotación, de qué es la alienación, de qué es la opresión al final cabo. La guerra, como una de tantas manifestaciones que podemos encontrar, señalar y entender en este necrótico sistema, es una de las manifestaciones más bestiales de sus contradicciones. Ya no es solo la quiebra de un capital nacional, como puede ocurrir en una crisis económica puntual. Estamos hablando del enfrentamiento y del choque de capitales internacionales, de territorios, de poblaciones en general. El gran problema a la hora de tratar la guerra es justamente plantear de qué se está hablando cuando estamos hablando de la guerra y por qué los comunistas nos oponemos a ella.

A día de hoy siempre suele haber dos interpretaciones que enturbian cualquier intento de análisis crítico o cualquier análisis serio, se tiende a entender la guerra en primer lugar como una manifestación política más de la actividad de las comunidades humanas, de las sociedades. Esa frase de Clausewitz sobre que la guerra final no es más que la continuación de la política por otros medios.

Sin duda alguna, puede parecer una idea muy elocuente, muy bonita de seguir. El gran problema es que si la siguiésemos, no estamos entendiendo nada de la guerra. Entender la guerra como una mera actuación política, una mera continuación política de las comunidades humanas, no vislumbra la esencialidad que va a tomar un conflicto tal como la Primera Guerra Mundial. Decir que la Primera Guerra Mundial es una forma más por las cuales las sociedades humanas se relacionan es no entender nada.

La otra interpretación, más concreta, pero igualmente abstracta, es una interpretación más democrática, que tiende a decir que la guerra no es más que la expresión, pues, de formas reaccionarias y autoritarias que pueden tener los estados al fin y al cabo, que los estados entrarán en guerra porque hay un estado que no es lo suficientemente democrático y ahí está el problema hecho. Nosotros, como comunistas, obviamente nos oponemos a esta otra interpretación. No hay más que ver a día de hoy lo que significa la democracia en Europa, con todo el rearme que supone todas las políticas de rearme que están suponiendo a día de hoy la Unión Europea y toda su intervención y complicidad en la guerra de Ucrania o en el genocidio de Gaza.

Y el problema de la guerra ya no solo es importante para nosotros, va a ser importante sobre todo para los camaradas de hace cien años. Va a ser importante, no solo por lo que unas voluntades puedan postular frente a otras, también tendrán importancia para figuras clave como Kautsky o Liebknecht, entre otros. Pero no es solamente eso, la posición que se tiene durante la guerra, en la Segunda Internacional, es una posición que entronca con otras múltiples cuestiones, que al final van a determinar qué actividad van a llevar a cabo las minorías revolucionarias, qué actividad van a llevar a cabo determinados partidos cuando estalla en la Primera Guerra Mundial. Entenderla, entender qué es la guerra o cómo se va a producir la guerra en Europa, entonces, va a implicar una comprensión específica de qué es el Estado, de qué es el Estado históricamente entendido, qué es el Estado en el capitalismo. Es una comprensión también de qué significa que el capitalismo ha llegado a una nueva fase de declive, de predación, tal que es capaz de generar un conflicto en el que millones de personas van a ir a morir a los campos de batalla de Francia, de Austria o de Rusia. Es entender también qué papel tiene el proletariado, ya no solo en estos conflictos, sino el papel que tiene como sujeto histórico, como sujeto que es capaz de reconocerse en su explotación, en su alienación y es capaz de articular una respuesta, política económica o revolucionaria. Y es también un problema en el que se va a entroncar qué papel deben tener los comunistas en las guerras, qué respuesta debemos dar.

La Segunda Internacional es un periodo que, si bien en términos cronológicos podemos situarlo muy claramente, es un periodo muy complejo por las dinámicas en torno a sus debates, que van más allá de los maniqueísmos de, bueno, lo que hicieron los alemanes era puro revisionismo y no es hasta el 17 que todos cobran conciencia de lo que hay que hacer, de repente. En la Segunda Internacional van a concluir y van a conjugarse muchísimas posiciones, a través de muchísimos debates. Sería un absurdo decir que una entidad, que un foro de discusión y organización internacional como fue la Segunda Internacional, en la que participaron compañeros como Lenin, Luxemburgo, Pannekoek, Gorter... era una pantomima revisionista y ya está. Si la Segunda Internacional importa es porque en su desarrollo se van a ir estableciendo las posiciones que van a estallar en la Primera Guerra Mundial, problemáticas, que incluso a día de hoy resuenan, ¿cuál es el papel de los comunistas en la guerra? ¿Qué significa que el capital haya entrado en una fase de predación, de declive? ¿Qué es el Estado? ¿Qué actuación puede tener el Estado en momentos así?...

Los debates de la Segunda Internacional son muy complejos y además muy ricos, porque van a tratar muchísimas temáticas, pero nosotros nos vamos a centrar sobre todo en dos por la importancia que van a tener en torno al problema de la guerra. Podemos distinguir en los dos debates principales que se entornan a un aspecto subjetivo y otro objetivo del problema de la guerra. El problema subjetivo lo podemos encontrar en el debate que se va a formar en el seno de la Segunda Internacional con el dilema de la huelga de masas y la táctica comunista. Y el tema más subjetivo, el más general podríamos decir, va a ser el debate en torno al estadio histórico alcanzado por el capitalismo a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX, va a ser sobre todo el debate del imperialismo: qué significa el imperialismo, cómo se articula la lógica imperialista dentro de la base estructural que es el capitalismo, etc. No hay nada más que ver las propias declaraciones de Liebknecht, este libro que estamos tratando de hoy lo publica en 1907, que no es una fecha baladí, es un año en el que previamente va haber una oleada revolucionaria en gran parte de Europa. Famoso es el texto de Rosa Luxemburgo sobre la huelga de masas, partido y sindicato que publica en 1906, justamente un año antes, en el que busca plantar este debate en la Internacional.

Pero ¿por qué nos interesa hablar de la huelga de masas si vamos a hablar de la guerra? Bueno, en 1904 en el Congreso de Bremen, la postura de Liebknecht, es que el problema de la huelga de masas se debe plantear en la Internacional. Un año después en 1905, ya en plena eclosión revolucionaria, Liebknecht es capaz de afirmar que la huelga de masas no es más que la realización política del poder económico de la clase obrera. Y es más, lo que afirma Liebknecht es que, si no se trata el problema de la huelga de masas o si lo tratamos, lo que debemos de poner es la responsabilidad de la acción que ello supone frente a la responsabilidad de la omisión que otros tantos camaradas están evadiendo para no tratar este tema. La huelga de masas se ve sobre todo aquí con Rosa Luxemburgo, en esa famosa polémica que tiene contra Kautsky y los alemanes, y luego resurge de 1910 hasta 1912 con el debate que retoma Pannekoek contra Kautsky. El debate en verdad viene de antes, viene de justamente cuando Bernstein publica esta serie de publicaciones que dan inicio al revisionismo del que lamentablemente tenemos que parecer a día de hoy en el Congreso de los diputados. ¿Quién es Bernstein? Bernstein, y esto ya va a ir a relación con todos los autores que vamos a mencionar, no propone lo que propone porque sí, ninguno de estos camaradas

por más odio o por el mayor amor que le podamos tener va a hablar de lo que va a hablar porque sí. La postura de Bernstein es postular el movimiento por sí mismo como lo más importante, ese es el fetiche de la organización, donde al final lo que queda en el horizonte lejano es siempre la revolución, y lo que importa es tirar haciendo cosas a día de hoy.

Si Bernstein existe es justamente porque es la explicitación de lo que ya es la Segunda Internacional, es muy famosa la polémica que tiene con un sindicalista alemán, que básicamente lo que le viene a decir es, esto no se dice en alto, no se puede decir en alto que nuestra lógica, nuestra táctica es una de mínimos y máximos, no se puede decir en alto porque sería afrontar el problema de qué es lo que debemos de hacer los comunistas. En esto Kautsky va a ser de los primeros, y además también es muy conocido otro libro de Luxemburgo, *Reforma o Revolución*, que muchos conoceréis. El debate que se va a plantear es eso, Bernstein no puede afirmar esto porque a pesar de la táctica que debemos realizar el capitalismo no nos va a llevar a un mejor lugar, la lógica del cártel, del monopolio, de la concentración de capitales, no va a mejorar la situación efectiva de la clase proletaria. Es más, lo que va a reproducir, van a ser crisis coyunturales y no va a solucionar la crisis terminal, que al final es esta idea que todos los camaradas alemanes de que hay una crisis terminal del capital, que es sus manifestaciones fenoménicas no es capaz de resolver, hay una contradicción fundamental en el capital. Y estas contradicciones se van a terminar manifestando después de un largo periodo de recuperación del capital que tiene, después de la oleada revolucionaria del 71, se va a ir manifestando en torno a diversas oleadas huelguistas en 1904, 1905, etc. Kautsky, que en un primer momento se había proclamado como el patriarca de la ortodoxia, va a representar en estos estallidos, a pesar de que va a defender el cártel revolucionario de la actividad socialdemócrata, una posición favorable, si no a desprestigiar, a escindir los fenómenos que están ocurriendo en Rusia, en Austria, en Alemania, etc. Va a escindir esos fenómenos, frente a lo que ha de ser la verdadera actividad socialdemócrata. Es decir, para Kautsky y otros tantos intelectuales que van a pertenecer al centro de la socialdemocracia, estos estallidos que han surgido son una manifestación de estas contradicciones del capital, pero no hay que hacerles mucho caso, al fin a cabo. Para ellos lo que importa es que los obreros entren a la organización, porque si no entran a la organización lo que están haciendo es disipar energía revolucionaria.

Cabe decir, Rosa Luxemburgo piensa obviamente todo lo contrario, las huelgas de masas, si indican algo, va a ser un elemento clave que se ha ido perdiendo, que es que la clase obrera, con o sin organización, es capaz en momentos muy puntuales o en momentos de estallido, de actuar, es capaz de organizarse. Lo que es capaz de hacer la clase obrera es suprimir la distinción burguesa entre luchas políticas y luchas económicas. Y este es un punto clave, en el momento en el que un ala izquierda de la socialdemocracia, es capaz de entender que el accionar es otro, porque lo que nos está enseñando la clase es una cosa totalmente distinta a lo que habíamos intentado interpretar de Marx y Engels, el debate se debe de plantear, no puede ser que mantengamos, como bien dice Kautsky en un texto que empieza a polemizar con Pannekoek, que lo que ha ocurrido es nuevo, pero eso no dice que invalide lo que hemos hecho hace 30 años, aquí hay que seguir haciendo lo de siempre porque es con lo que hemos triunfado, lo que va a decir Rosa Luxemburgo es que para nada, lo que ha ocurrido es una cuestión muy fundamental, porque en el momento en el que existe una agitación social tal en el que el partido es capaz de intervenir para articular, si no una estrategia revolucionaria, ya la marcha a la toma del poder político, va a empezar a generarse una escisión entre posiciones, o una escisión entre grupos, entre un centro claramente atendista, como se suele identificar a Kautsky, un centro en el que se va a plantear que frente a todas las huelgas espontáneas, frente a todas las agitaciones, a la polarización social que decía Luxemburgo, que a esos fenómenos hay que apartarlos de nuestro punto de vista, lo que es vital está en el conquistar las masas, en el meter a la gente las organizaciones... Porque es que nosotros podemos conseguir una mejor posición.

Esta famosa teoría del suelo positivo, de «nosotros vamos a hacer la revolución, necesitamos un mejor suelo», termina en ideas democráticas. Lo que van plantear Luxemburgo o Pannekoek, en este famoso texto de *Acción de masas y revolución*, es totalmente distinto, es que la revolución no pide fecha, porque la revolución va a surgir en el seno de las contradicciones de la clase obrera, la revolución va a estallar y si el partido no es capaz de afrontar esa lucha está perdido.

Sobre el debate del imperialismo, en el imperialismo al final no solo se entronca el problema del estado, del capital, etcétera, también se entronca el asunto del colonialismo, la opresión nacional, todo lo que va a ser el inicio de las luchas anticolonialistas... En la Segunda Internacional había una amalgama, una miríada

de posiciones, pero lo que sobre todo va a terminar formulándose es una derecha puramente colonialista que va a reivindicar que los socialistas no podemos negar explotar a los pueblos de África, porque es que como, que si no quién les va a llevar la civilización, y un centro que aunque se va a reivindicar anticolonialista, al igual que en el debate de la lucha de la huelga de masas y la táctica va a ser un centro que no es capaz de responder a las problemáticas que están surgiendo.

En la conferencia de Stuttgart de 1907 se afirma que los socialdemócratas deben oponerse al colonialismo, al expansionismo europeo imperialista, etcétera. El problema es, que la Internacional hiciese conferencias, pues podía ser importante, pero si no hay una asunción, no de cómo debemos hacer las cosas sino de lo que debemos hacer, si no hay una asunción de esos principios en los cuales debemos actuar, de nada sirve hacer un montón de conferencias, y de hecho es una cosa que va a replicar Pannekoek a Kautsky.

Porque al fin y al cabo si no se asume una postura verdaderamente activa en la que el partido deba oponerse a la guerra, y no meramente postular de que si empieza la guerra hacemos una huelga general y que saga lo que saga, que es lo que decía Kautsky muy básicamente, que como vamos a ser carcomidos por la mayoría nacionalista, entonces es mejor callarnos porque si no nos van a apalea, lo que van a exponer los camaradas es totalmente contrario, es que incluso en esos momentos es donde más debemos afirmarnos. Porque no oponernos es contaminar todo nuestro legado, es desechar todo nuestro trabajo, y al fin y al cabo es una cosa que este mismo libro lo demuestra, la biografía de Liebknecht, nos enseña que al igual que su padre, William, va a ser llevado a prisión por oponerse a los créditos de guerra durante la guerra francoprusiana. Por la publicación de este libro, Liebknecht va a entrar a prisión, luego será liberado, pero nada más empieza la Primera Guerra Mundial, volverá a prisión.

Fundamentalmente, y ya para terminar, los debates de la Internacional van más allá de las disputas escolásticas de quién citaba más a Marx, quién conocía mejor a Engels, los debates de la Internacional, si son importantes, es justamente porque en el seno de la Internacional se va a poner en énfasis el tema de la guerra, va a ser un dilema, un problema, un debate, porque debatir la guerra es debatir una totalidad de posiciones, un todo que implica el ser revolucionario. Oponernos a la guerra significa determinadas actuaciones, significa oponernos a la legalidad burguesa, oponernos a la conciliación o a la famosa *Unión Sagra-*

da, significa entender que el capitalismo ha llegado una fase en la que solo la revolución es capaz de salvarnos de todo este desastre, la guerra en su especificidad, en su monstruosidad, demuestra la realidad de todo nuestro mundo. El 4 de agosto de 1914 la traición de la socialdemocracia alemana culminó su proceso: abandonó las posiciones de clase por las del capital, este fatídico día el SPD votó a favor de los créditos de guerra, los años de campaña antimilitarista llevada a cabo por la fracción de izquierdas liderada por Luxemburgo y Liebknecht se desvanecieron en un abrir y cerrar de ojos. En *La Crisis de la socialdemocracia*, Luxemburgo deja claro cuál fue la traición del partido de clase: «La patria en peligro, la defensa nacional, la guerra del pueblo por la supervivencia, la *Kultur*, la libertad: estos eran los lemas proclamados por los representantes parlamentarios de la socialdemocracia. Lo que siguió fue solo la secuencia lógica. La posición del partido y de la prensa sindical, el frenesí patriótico de las masas, la paz civil, la desintegración de la Internacional, todas estas cosas fueron la consecuencia inevitable de esa orientación trascendental en el Reichstag».

Los comunistas alemanes se vieron desperdigados ante la tragedia que se lanzaba sobre el proletariado internacional, ante esto tocaba empezar la ardua tarea de la construcción del partido de clase, la propaganda contra la guerra y la manutención del programa comunista, del programa de clase. Liebknecht, junto a su fracción de izquierdas, lanzó un discurso lleno de furia y con decisión contra los créditos, donde mantuvo firme su posición en el Reichstag: «como protesta contra la guerra, contra aquéllos que son responsables por ella y que la han causado, contra aquéllos que la dirigen, contra los propósitos capitalistas para los cuales está siendo usada, contra los planes de anexión, contra el abandono y el olvido total de los deberes sociales y políticos por los cuales el gobierno y las clases son todavía culpables, voto contra la guerra y los créditos de guerra solicitados», tras esta protesta, votó a favor por seguir la disciplina de partido. Luxemburgo, mientras tanto, fue arrestada en febrero de 1915 y liberada en 1916, donde escribió el *Panfleto Junius* (o *La crisis de la socialdemocracia*). Esta traición de la socialdemocracia fue generalizada en toda Europa, con la espectacular excepción de los serbios, es entonces que la II Internacional, la Internacional de los grandes partidos obreros, se hunde bajo su propio peso, abandonaron las posiciones de clase y traicionaron a los obreros. Este fenómeno de «Unión Sagrada» se llamará en Alemania *Burgfriedenpolitik*, o la política de paz en el castillo, un acuerdo

de no-crítica al Estado Mayor y su gestión de la guerra, o sea, permitir el asesinato de proletarios en la matanza.

El 20 de marzo de 1915, se volvieron a votar los créditos de guerra, aquí la fracción de Liebknecht y Rühle desobedeció al partido y votó en contra, tras ello fue arrestado Liebknecht por la oposición a la guerra y su actividad agitativa.

Liebknecht y Luxemburgo empezarán a llevar a cabo, junto a otros revolucionarios como Pannekoek, Gorter, Borchardt o Radek, una lucha de propaganda, con la impresión constante de panfletos y de escritos contra la guerra, como el famoso *El enemigo principal está en nuestro país*. Julian Borchardt con su periódico *Lichtstrahlen* («Rayos de luz» en alemán) llevará desde 1913 una labor de propaganda antimilitarista, que escalará en magnitud desde el comienzo de la guerra, colaborando cercanamente con Luxemburgo y Liebknecht y la Izquierda de Zimmerwald, fue prohibido por el Estado Alemán en abril de 1916, siendo obligado a retraerse a la clandestinidad.

La crítica ante la guerra en Alemania no solo viene por parte de Luxemburgo o Liebknecht, Herman Gorter en su texto *Imperialismo, Guerra Mundial y la Socialdemocracia* hace una denuncia explícita a la guerra:

La clase capitalista aún tiene que cumplir una gran misión en el mundo: la expansión del capital por toda la Tierra.

Todavía posee un enorme poder para alcanzar este objetivo. El proletariado aún es demasiado débil; la parte del proletariado que es consciente de su objetivo y su ideal sigue siendo insignificante. El proletariado aún es demasiado débil para llevar a cabo su misión, que es la emancipación del mundo de las garras del capitalismo. El imperialismo y las políticas exteriores imperialistas y colonialistas, es decir, la expansión del capitalismo, o la expansión de los métodos de trabajo más desarrollados por toda la Tierra, esta fase necesaria en la evolución del capitalismo, está produciendo en última instancia el socialismo mundial. Pero la forma en que se está llevando a cabo esta evolución del capitalismo amenaza al proletariado con la ruina. Y es precisamente la lucha contra este modo de evolución lo que volverá a fortalecer al proletariado y lo preparará para la libertad.

Y no solo criticando, también dejando claro cual es el camino a seguir, cuál es la tarea de los proletarios: la acción de masas:

Y quedó claro que la actividad de los sindicatos y de los grupos parlamentarios, tal y como se había practicado hasta entonces, ya no era suficiente contra el imperialismo, que une a todos los partidos de la burguesía y ahora los transforma en una sola entidad. Por esta razón, en nuestra opinión, había que llevar a cabo propaganda en todos los países a favor de la acción de masas, en lugar de otros tipos de actividades obsoletas: propaganda en todas las reuniones políticas, en todas las revistas de partido, en los periódicos, en los parlamentos. Y, sobre todo, era necesario hacer propaganda a favor de la más poderosa de todas las acciones de masas: la huelga general.

Hablando más en detalle, en septiembre de 1915 se reunieron los revolucionarios dirigidos por Lenin con representación alemana de Radek para defender el programa comunista y las posiciones de clase, manteniéndose firme ante la traición táctica y programática de la Segunda Internacional, se estipuló en esta conferencia la necesidad del derrotismo revolucionario y el internacionalismo proletario como pilares fundamentales contra la guerra. Tratando a Radek, él ya deja explícito desde 1914 el problema de la guerra y la necesidad de hacerle frente, pero no desde el pacifismo, pero desde el derrotismo revolucionario como dice en el texto *El marxismo y el problema de la guerra*: «Las masas trabajadoras de los Estados modernos comprenden cada vez mejor esta conexión, y su oposición se hace cada vez más fuerte en forma del movimiento obrero socialista moderno. Este ya no se dirige contra los logros del capitalismo ni contra su tecnología, pues sabe muy bien que estos traen la salvación al pueblo, si son administrados por él y utilizados en su interés. La vanguardia de la clase obrera no se fija como objetivo el retorno a los tiempos precapitalistas de los gremios, del feudalismo, sino más bien la organización de las fuerzas productivas, con el fin de promover los intereses de toda la humanidad».

A partir de 1916, la Fracción del SPD dirigida por Luxemburgo y Liebknecht forman la Liga Espartaquista, quienes anteriormente se llamaban *Gruppe Internationale*. Su programa era la del derrotismo revolucionario, o sea, convertir la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria, como dice el panfleto de Liebknecht *El enemigo principal está en casa*, pero con sus reticencias como veremos posteriormente. Pero no eran los únicos revolucionarios, antes se

mencionaba el nombre de Julian Borchardt, este compañero junto a Radek y otros revolucionarios también mantuvieron las posiciones de clase, en la llamada Izquierda de Bremen, dirigida por el periódico *Bremer Arbeiterpolitik*, quienes posteriormente formarán los *Internationale Sozialisten Deutschlands* en 1915 con portavoz Pannekoek, quienes a su vez en 1917 formarán los *Internationale Kommunisten Deutschlands*, posicionándose en el izquierdismo en lo que después conformarán el ala izquierda del KPD y después el KAPD.

Se empieza a organizar una fracción antimilitarista en el SPD, el Partido Socialdemócrata Independiente, que no se escindirá del SPD hasta 1917, pero antes de esta escisión tenemos al *Arbeitsgemeinschaft*, que será formada por estos centristas del SPD contrarios a la guerra, donde estarán Luxemburgo y Liebknecht junto a Kautsky. Dentro de este partido, que llegará a tener más de 1,5 millones de afiliados, Luxemburgo y Liebknecht mantendrán su Liga Espartaquista, rechazando el pacifismo ingenuo de los centristas, abogando por la revolución y el derrotismo revolucionario, a la par que Lenin en Rusia.

Los comunistas internacionalistas como Pannekoek tampoco se quedaron atrás, en su texto *Nuevas tácticas contra la guerra. Bases de la Nueva Internacional*, Pannekoek explica la necesidad de una organización de clase que pueda llevar a cabo la Revolución, no llama a una mayoría a tomar las riendas de la revolución, llama a las minorías a dirigir la revolución una vez estalle, puesto que la autoactividad de la clase creará sus propios órganos. En conclusión, ante de esta debacle, los comunistas como Luxemburgo, Radek, Liebknecht, Rühle, Gorter o Pannekoek empezaron a producir una cantidad de teoría y agitación inmensa, confluyendo en la necesidad de la acción de masas (que Luxemburgo y Pannekoek ya defendieron en el debate contra Kautsky en 1912-13) y el derrotismo, pero no solo es importante la teoría, también la acción en una situación donde las condiciones materiales a favor de la revolución se iban acelerando constantemente.

Hay que centrarnos en la pérdida de popularidad del SPD, que va perdiendo militantes por los millares desde el inicio de la guerra, llegando de pasar del millón de afiliados en 1914 a 200 mil en septiembre de 1917, la mayoría se fueron o a partidos nacionalistas o a los sindicalistas revolucionarios que se fueron formando a lo largo de la guerra. Los llamados *Revolutionäre Obleute* eran líderes sindicales (o mejor dicho representantes de consejos de fábrica) elegidos por los trabajadores, que se enfrentaron activamente a los sindicatos, quienes al inicio

de la guerra tomaron una posición favorable a la guerra, en la *Burgfriedenpolitik*.

Volviendo a la Liga Espartaquista, esta se formó en 1915 como dijimos bajo el nombre de *Gruppe Internationale* o Grupo Internacionalista, este grupo se mantuvo muy cercano a la socialdemocracia centrista alemana hasta casi el final de la guerra, lo que supuso un error fatal para la organización del partido de clase, puesto que Luxemburgo aún veía la capacidad de reconquistar el partido de clase, desde la fracción, cosa que no será posible. Serán en estos años que desarrollarán y aceptarán las tesis de la izquierda alemana y holandesa (los tribunalistas, la izquierda de Bremen y la de Borchardt) y la de los bolcheviques de «guerra contra la guerra», de rechazar el pacifismo kautskista y hacer frente al capitalismo como máquina que llevó a la guerra al proletariado, pero será más tarde que sus compañeros revolucionarios. A pesar de todo, los espartaquistas fueron la cara visible de la izquierda de Zimmerwald, fueron quienes llamaron a las huelgas de masas, quienes intervinieron en las fábricas y servían como vector de radicalización de las masas que no eran favorables al exterminio de su clase. Tratando las huelgas, a lo largo de 1916 y 1917 estallan una serie de huelgas en toda Alemania y protestas, como el 1º de mayo del 1916, donde Liebknecht exclamó «¡Abajo la guerra!, ¡Abajo el gobierno!» y fue detenido tras esta arenga. Es esta agitación por parte de los comunistas alemanes que les choca de frente con el Estado alemán, quien reprimía violentamente las huelgas, las protestas y callaba toda disidencia y les vuelve altamente populares entre la clase trabajadora, colaborando cercanamente con la Izquierda de Bremen, los Comunistas Internacionalistas y los tribunalistas holandeses. Ya en 1917 estas huelgas de masas, junto a los *Revolutionäre Obleute* y los comunistas, aumentan en cantidad, esta vez también se enfrentan de frente a los sindicatos, estas huelgas se intensificaron porque, al otro lado de la guerra, los rusos estaban derrocando al zar y unos meses después iniciando la revolución comunista. Esto se ve reflejado en los panfletos de la época de la Liga Espartaquista:

En Rusia los obreros y los campesinos (...) han echado abajo al viejo gobierno zarista y han tomado en manos propias su destino. Las huelgas y los paros de trabajo son de una tenacidad y de una unidad tales, que nos garantizan actualmente no sólo unos cuantos éxitos limitados, sino el final del genocidio, del gobierno alemán y de la dominación de los explotadores... La clase obrera no ha sido

nunca tan fuerte durante la guerra como ahora cuando está unida y solidaria en su acción y su combate; la clase dominante, nunca tan mortal... únicamente la revolución alemana podrá aportar a todos los pueblos la paz ardientemente deseada y la libertad. La revolución rusa victoriosa, unida a la revolución alemana victoriosa son invencibles. A partir del día en que se derrumbe el gobierno alemán –incluido el militarismo alemán– sometido a los golpes revolucionarios del proletariado, una nueva era se abrirá: una era en la que las guerras, la explotación y la opresión capitalistas deberán desaparecer para siempre.

En esta época también vemos otra gran ruptura en el SPD, la culminación de la ruptura del USPD, el Partido Socialdemócrata Alemán Centrista, llevada por Kautsky y otros centristas, hacían un llamamiento a la paz pero sin la revolución, como era de esperar del kautskismo. La Liga Espartaquista se encontró en este partido como fracción hasta que rompió para formar el KPD, pero eso vendrá posteriormente. Este USPD se formó en torno a la fracción de Kautsky, Liebknecht y otros contrarios a la guerra dentro del SPD que votaron en contra de los créditos a lo largo de 1915, creando tensiones entre el comité del SPD y su militancia. Ya esta tensión culminaría en 1917, cuando se separan del SPD y forman el USPD, con la Liga Espartaquista uniéndose al partido aunque actuarían de manera independiente.

Un ejemplo de huelga de masas fue el 28 de enero de 1918 en Berlín, donde 400.000 obreros salieron a la calle, sobre todo los de armamento, esta huelga se expande a toda Alemania y sentará la base de lo que sea el movimiento de los consejos alemanes, fundando un consejo propio en Berlín.

Ya para el final de la guerra, los soldados también hacían frente a la misma, organizándose para evitar ir al matadero al igual que sus compañeros proletarios en el frente interno. Este clima de aumento de las huelgas, de la organización de clase y de oposición a la guerra, por culpa del racionamiento de la comida, de la matanza de compañeros de clases, confluiría en el inicio de la Revolución Alemana de 1918.

El clima de agitación social acabó culminando en la Revolución Alemana. Esta Revolución empezó con el motín de Kiel, donde unos marineros alemanes rechazaron ir a una batalla naval contra los ingleses, formando un consejo y expul-

sando y matando a sus oficiales. Con esta demostración de la autoorganización de clases se prendió la chispa de la revolución en Alemania. Ya desde octubre los comunistas, con los espartaquistas, la izquierda de Bremen, la izquierda de Berlín y otros grupos se empezaron a preparar para los estallidos revolucionarios, puesto que en Austria y Chequia ya estaban estallando revoluciones, además que el consejo de Berlín, fundado en enero del mismo año, estaba encargándose de organizar las huelgas y las protestas.

Ya tras el Motín, el movimiento se expandió rápidamente por toda Alemania, formándose consejos obreros en todas las ciudades principales como München o Bremen, también este movimiento se cristalizó en el ejército, como el consejo de los obreros y soldados de Bruselas.

A resumidas cuentas, esta primera revolución inició como cristalización del descontento general hacia la guerra, pero rápidamente se tornó hacia la conquista política del Estado, que culminará con la abdicación del Káiser Guillermo II el 9 de noviembre y el fin de la Guerra Mundial 2 días después. Liebknecht y Luxemburgo, junto a Radek, la Izquierda de Bremen y de Berlín, llaman a la revolución socialista en un momento donde el partido de clase aún no estaba formado, y el proletariado estaba perdido. En Berlín el mismo día se declara el inicio de la Revolución y se llama a la formación de consejos. No nos vamos a detener mucho en la Revolución Alemana, puesto que se sale de nuestro marco de exposición, pero hace falta puntualizar que cuando se fundó el KPD por parte de la Izquierda de Bremen, la de Berlín, la Liga Espartaquista y el IKD el 30 de noviembre del mismo año, en este congreso fundacional, Luxemburgo trata la cuestión de la guerra, como aquello que creó las condiciones materiales para la revolución:

Los resultados de la Guerra Mundial hacen imposible que las clases capitalistas encuentren alguna salida a sus dificultades sin renunciar a su dominio de clase y al capitalismo. Hoy vivimos, en el sentido más estricto del término, la verdad absoluta de la afirmación formulada por primera vez por Marx y Engels como base científica del socialismo en la gran carta de nuestro movimiento, el Manifiesto Comunista: el socialismo se convertirá en una necesidad histórica. El socialismo se ha vuelto necesario no solo porque el proletariado ya no está dispuesto a vivir en las condiciones impuestas por la clase capitalista, sino porque, si el proletariado no

cumple con sus deberes de clase, si no logra realizar el socialismo, todos caeremos juntos en una ruina común.

Tras la fundación del KPD y la continuación de la Revolución, el SPD, capitaneado por Noske y Ebert secuestran varios consejos obreros bajo el uso de la democracia del consejo y la burocracia y junto a los Freikorps aplastan la revolución, culminando en esta primera fase con el asesinato de Luxemburgo y Liebknecht el 15 de enero del 1918.

Es interesante tratar ahora la propia izquierda comunista germano-holandesa, puesto que se ha dejado tradicionalmente de lado y es importante tratar este apartado de nuestra tradición. El mayor representante de la izquierda germano-holandesa entre 1920 y 1923 es el Partido Comunista Obrero Alemán o KAPD (de ahora en adelante lo llamaremos KAP para no confundirnos). No indagaremos en la historia del KAPD, puesto que también se escapa de nuestra exposición, pero es interesante analizar sus textos. Antes de exponer algunos de sus textos, es necesario clarificar su visión de la guerra. Naturalmente, la guerra la entienden como un enfrentamiento entre burguesías por la expansión de los mercados, con unas políticas de armamento agresivas a las que se hizo frente, pues el KAP y la izquierda germano-holandesa, entendieron la Guerra Mundial como la crisis mortal del capitalismo. En concordancia con las teorías de Grossman, desarrollaron una teoría catastrofista del capitalismo, cuya mayor expresión fue la propia guerra, que permitía el inicio de la revolución mundial y la catástrofe del capitalismo para no poder valorizarse (ahora podemos demostrar que esta teoría no se demostró), pero también hacen una crítica intransigente y explícita a la socialdemocracia y los sindicatos, entendiéndolos como los grandes traidores y renunciando a la táctica del parlamentarismo y del sindicalismo tras ver las experiencias históricas de tales tácticas. En su programa del 1920, el KAP dedica varios apartados a la guerra, siendo sobre todo importante su crítica al parlamentarismo y el sindicalismo, como nos hace ver este apartado: «Aparte del parlamentarismo burgués, los sindicatos constituyen el principal baluarte contra el desarrollo ulterior de la revolución proletaria en Alemania. Su actitud durante la guerra mundial es bien conocida. Su influencia decisiva en la orientación y tácticas principales del antiguo Partido Socialdemócrata condujo a la proclamación de la “Union Sacrée” con la burguesía alemana, lo que equivalía a una declaración de guerra al proletariado internacional». La trayectoria política del KAP se reducirá a un combate con el KPD y con la III Internacional tras

su abandono en 1920, siendo relegados a un partido minoritario en 1933, donde serán masacrados por los nazis tras el Decreto del Incendio del *Reichstag*.

Aunque esto se separe de nuestro marco de exposición, hemos decidido hacer una mención especial al periódico *Arbeiter und Soldat*, un periódico trotskista de la segunda guerra mundial, un periódico que apenas sacó números, fue uno clandestino llevado a cabo entre 1943 y 1945 por Martin Monath. En este periódico que apenas tuvo 6 números, se hizo un llamamiento al derrotismo revolucionario desde las filas de la Wehrmacht. En un momento donde se llamaba al exterminio de los alemanes, este periódico supo llevar a cabo una política de convertir la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria. No tuvo el efecto esperado, puesto que fueron perseguidos por la Gestapo y Martin sería ejecutado en agosto de 1944, pero es interesante dejarlo en constancia.